

Las políticas posmodernas y sus partidos

EN TODA AMÉRICA LATINA LOS SISTEMAS POLÍTICOS SE han desprendido de las ideologías tradicionales y de las identidades colectivas que los sostenían. A medida que los partidos históricos más importantes, sobre todo los de la izquierda, se han visto obligados a adaptarse al proceso de globalización y al mercado libre, y que las ideologías de los electores se han ido moderando, los sistemas partidistas han dejado de orientarse a lo largo de un espectro político de izquierdas y derechas. A diferencia de lo que ocurría con el discurso ideológico del pasado, en la actualidad las políticas y demandas de los ciudadanos se van definiendo cada vez más en función de temas específicos tales como la eficiencia gubernamental, la lucha contra la corrupción o la identidad cultural. Este proceso de «desideologización» de la política ha generado un nuevo terreno político en el cual líderes y movimientos, tanto democráticos como antidemocráticos, intentan delimitar su nuevo espacio político haciéndose eco de las demandas de sus electores a favor de gobiernos más efectivos, responsabilidades civiles y derechos de las minorías. En la era de la política postmoderna, la futura estabilidad de la democracia dependerá de que se pueda materializar un sistema de partidos políticos en torno a estos pocos temas alejados de las ideologías, o de que las demandas y las frustraciones de los ciudadanos hallen su voz más enérgica en líderes y movimientos anti-sistema.

La caída del sistema comunista y el fracaso de sus políticas económicas tradicionales centradas en el estado han conllevado la moderación de la izquierda latinoamericana. Muchos de los pequeños partidos izquierdistas que no lograron adaptarse sencillamente colapsaron y fueron a parar al basurero de la historia, y aquellos que continuaron siendo viables desde el punto de vista electoral, lo

Christopher Sabatini

consiguieron a fuerza de ajustar su retórica y sus programas a las nuevas realidades económicas y globales que iban surgiendo. En la actualidad, organizaciones políticas tales como el Partido dos Trabalhadores (PT) de Brasil, el Partido Socialista de Chile, el Partido Revolucionario Democrático (PRD) de México, los partidos Radical y Peronista de Argentina, y hasta los sandinistas de Nicaragua se esfuerzan por garantizar a los votantes que una elección a su favor no supondrá una reorganización profunda de la estructura económica liberal y de mercado. Y para conseguirlo, han prescindido de las plataformas económicas radicales del pasado que contemplaban la nacionalización de los medios de producción y la oposición a la economía mundial. Así, antiguos líderes izquierdistas como Luiz Inácio Lula de Silva del PT y Daniel Ortega de los sandinistas han intentado dejar muy claro públicamente su aceptación de las reformas básicas liberales y de mercado puestas en práctica a lo largo de las últimas dos décadas. Tanto para ellos como para sus partidos, el objetivo general de justicia económica e igualdad social deberá perseguirse dentro del marco económico liberal existente, que pocas décadas atrás describieran como una conspiración imperialista.

A medida que las políticas neoliberales lograban contener la inflación y restauraban el crecimiento económico (si bien no llegaron a abordar las flagrantes desigualdades económicas), la derecha liberal latinoamericana fue atrayendo a más electores, y los partidos conservadores resurgieron con fuerza y apoyo considerables, lo que era inconcebible años atrás. Todos, desde el Partido Autonomista Nacional (PAN) de México, el Partido del Frente Liberal (PFL), hasta el nuevo Partido Peronista, han ganado la presidencia y se han convertido en puntos de referencia en el terreno político. La victoria electoral y el apoyo popular logrados por la derecha liberal han inclinado a los sistemas partidistas de la región hacia posiciones de centro. Todo este proceso ha tenido un efecto estabilizador en la democracia al reducir la polarización de los sistemas políticos latinoamericanos. Las alternativas electorales a cada lado del espectro político ya no funcionan como partidos u opciones esencial y diametralmente opuestas.

Semejante transformación ideológica ha coincidido con el deterioro de las bases estructurales y de clase de la izquierda. Las crisis económicas y las políticas de reforma aplicadas en toda la región han contribuido al debilitamiento de las organizaciones obreras latinoamericanas y deteriorado las bases sindicales de muchos de los partidos de izquierda. Durante los ochenta y los noventa, el hundimiento de los sectores industriales y manufactureros redujo los niveles de empleo en áreas dominadas tradicionalmente por una clase trabajadora organizada que a menudo mantenía vínculos con estos partidos. Según estudios realizados recientemente, el número de trabajadores latinoamericanos sindicalizados ha caído estrepitosamente. Veamos algunas cifras: en Venezuela, por ejemplo, entre 1985 y 1999 el total de afiliados a sindicatos se redujo en el 42,6% (*ILO Yearbook, 2000*), mientras que en Perú y México solo el 5 y 25% respectivamente de la fuerza de trabajo formal se encuentra sindicalizada. Ello supone un dramático descenso con respecto a los porcentajes existentes

veinte años atrás. La caída de estos sectores ha provocado el aumento de las tasas de empleo tanto en el sector informal como en los servicios. Un informe de la Organización Internacional del Trabajo señala que el 54% de la fuerza de trabajo no agrícola ha pasado a engrosar el sector informal. El crecimiento de la clase trabajadora informal no afiliada a sindicatos ha creado una crisis de representación en América Latina que ha afectado no solo a la izquierda sino a toda la estabilidad política. La heterogeneidad del sector informal, que abarca trabajadores ocupados en una amplia variedad de actividades económicas, a menudo a pequeña escala, presenta graves obstáculos para la definición y la organización de sus intereses políticos y económicos. Como señalan Roberts y Wibbels, los cambios de política económica «han desgastado los lazos organizativos que unían a los partidos [en este caso, los que aglutinaban a los trabajadores] con la sociedad civil y han mezclado identidades ideológicas y políticas tradicionales» (Roberts y Wibbels, pp. 585-586). Dichos cambios no se han limitado a minar la base de los partidos de izquierda sino que han dejado un vacío en la representación de un amplio segmento de la población económicamente activa de América Latina.

Ello ha significado la desaparición, casi en su totalidad, de la abarcadora visión del mundo que había conformado las plataformas y la ideología de la izquierda. En el pasado las plataformas y las bases electoras de la izquierda se basaban en un amplio sentido de identidad colectiva que vinculaba la solidaridad a favor de la clase trabajadora y los pobres con una agenda económica y política identificable y coherente. Organizada a partir de las metas generales del nacionalismo y la justicia económica, esta agenda servía de brújula ideológica a sus militantes y electores, orientándolos hacia un conjunto de principios programáticos. Más que una simple plataforma política, estas orientaciones dieron lugar a una identidad colectiva y una visión del mundo más amplias para estos sectores, visión del mundo que determinó la forma en que los partidos de izquierda movilizaban a sus votantes y delimitaban su posición política dentro del sistema. Tanto la heterogeneidad como la falta de organización de la clase trabajadora, unidas a la aceptación parcial y obligada de los fundamentos de la economía liberal por parte de estos partidos, han minado la cohesión de sus identidades y la coherencia de la visión del mundo izquierdista.

Gran parte de lo anterior también refleja la aceptación y el apoyo que han ganado el mercado y el proceso de globalización entre los votantes latinoamericanos. Las encuestas del *Latinobarómetro 2000*, que recogen opiniones en 16 países de la región, revelaron que el 52% de la población votante del continente está de acuerdo con que «los precios de los productos se vean determinados por la libre competencia». Un porcentaje mayor apoya ahora la integración de sus países a la economía global. Y según un estudio similar, más del 60% de los encuestados favorece el incremento de la inversión extranjera en sus países, mientras aproximadamente otro tanto apoya la formación de un Tratado de Libre Comercio de las Américas que abra sus economías al comercio con los Estados Unidos (*Latinobarómetro 2000*). La mayor parte de los votantes latinoamericanos ha dejado de ver en la economía mundial la fuerza

maligna que una vez representó y, por el contrario, para bien o para mal, muchos de ellos la perciben ahora como una vía para mejorar sus propias vidas y las economías de sus países. Las prescripciones económicas tradicionales de la extrema izquierda han perdido todo atractivo político.

Pero ello también significa que una parte importante de la población —casi la mayoría— ya no cuenta con una respuesta o visión unificada y coherente que le pueda servir de alternativa. Después de una década de estabilidad, los últimos tres años han marcado el aumento de la pobreza y la desigualdad económica latinoamericanas. Las reformas liberales, ya sea por su propia ineficacia o porque no fueron puestas en práctica en su totalidad, no han conseguido generar un crecimiento económico generalizado. En toda la región, los ciudadanos manifiestan frustración ante sus perspectivas económicas y un sentimiento de marginación política y económica respecto a las posibilidades de generar un cambio. El bloqueo de las carreteras en Argentina, las huelgas en Ecuador y las protestas en contra de la globalización en todos los eventos internacionales revelan una creciente oposición a la imagen que se tiene del orden económico. Pero lejos de suponer un enfoque alternativo, tales manifestaciones constituyen en lo fundamental actos aislados carentes de ideología. Se trata únicamente de protestas vagas en contra de la economía mundial o de la política económica de determinado país, y no ofrecen una respuesta ideológica clara a las demandas de los manifestantes. Y como los partidos se han ido inclinando hacia el centro con el objetivo de ganar mayoría de votos, estos grupos de protesta se han quedado con escasos canales para expresar sus demandas de manera constructiva en el ámbito político.

La consecuencia práctica de estos cambios ha sido la disminución de la influencia ideológica de los partidos políticos sobre su militancia y la apertura de nuevas oportunidades para otros aspirantes y temas políticos. Los partidos políticos más importantes han adoptado puntos de vista similares en cuanto a las inversiones extranjeras, la liberalización de la economía y el papel del Estado en la economía, de manera que se ha reducido el terreno de las alternativas y la competencia políticas. Ahora el debate sobre la organización económica de la nación tiene lugar fundamentalmente en los márgenes: cómo aumentar los niveles de empleo o cómo ampliar y mejorar los servicios sociales y los programas de protección a los pobres, todo dentro de los marcos de la economía liberal. El debilitamiento de las diferentes identidades colectivas y alternativas políticas que antes definieron a la derecha y la izquierda latinoamericanas ha abierto un espacio a la articulación de nuevas demandas y temas políticos, y a los partidos que los representan. Como señaló un observador: «Ya no existe izquierda ni derecha en América Latina. Todos luchan contra la corrupción». Cuestiones tales como la corrupción, el gobierno efectivo, el imperio de la ley, la seguridad, los derechos de los indígenas y la participación de las mujeres y los grupos minoritarios han asumido mayor prioridad como parte de las demandas de los votantes. Despojadas de su orientación ideológica, las políticas latinoamericanas se definen en la actualidad a partir de demandas relacionadas con temas más concretos. La tendencia señala un

énfasis cada vez mayor sobre temas específicos de gobernabilidad y normativa, y un aumento en la relevancia de las políticas de identidad que marcan un cambio significativo con respecto al pasado.

**EL AUTORITARISMO Y LA REVOLUCIÓN
EN LA ERA DE LA POST-IDEOLOGÍA**

Cuando los partidos o sistemas políticos dejan de proporcionar una voz alternativa a las demandas ciudadanas, surgen y ganan fuerza los movimientos anti-sistema. En el pasado, dichas respuestas provenían casi siempre de la izquierda bajo la bandera de la lucha de clases y la justicia económica. En la actualidad todos estos movimientos, desde el encabezado por el presidente venezolano Hugo Chávez, hasta el movimiento indigenista de Ecuador, la rebelión zapatista en México, los movimientos populistas y revolucionarios, están redefiniendo las fronteras políticas del pasado. Muchos de estos grupos antidemocráticos a menudo son definidos como izquierdistas, pero el hecho cierto es que también constituyen un producto del desplome de las ideologías en América Latina. Estos caudillos y movimientos postmodernos han ganado gran parte de su apoyo popular por tratar temas decididamente no ideológicos como la honradez, la moral política, la eficiencia, la seguridad ciudadana y las identidades culturales o de género.

El presidente Hugo Chávez bien puede invocar el patrimonio y la retórica de la izquierda, pero lo cierto es que en realidad el ex paracaidista venezolano y el Chavismo constituyen un pastiche ideológico posmoderno. ¿De qué otra manera podría explicarse la disonancia ideológica que supone abrazar a Fidel Castro, declarado marxista, y al mismo tiempo procurarse el asesoramiento filosófico del notorio fascista argentino Norberto Ceresole? Lejos de representar un discurso consistente de la izquierda, Chávez y algunos dirigentes de movimientos populistas de Ecuador y otros países van seleccionando temas de las ideologías tanto de derecha como de izquierda. Probablemente algunos observadores prefieran encontrar en el discurso de Chávez su propio ideario izquierdista romántico ya frustrado,¹ pero lo cierto es que las razones fundamentales de la popularidad del presidente venezolano y su «Revolución bolivariana» no son ideológicas sino algo mucho más prosaico. Para el pueblo, esta nueva figura política poco conocida representa al candidato que lucha contra la corrupción, al serio y eficiente oficial del ejército que puede limpiar el sistema y hacerlo funcionar como es debido. Su popularidad proviene del deseo que tiene el pueblo de que el Estado funcione honesta y eficientemente. Lejos de definir un eje o una alternativa política, Chávez se ha limitado a redefinir el sistema político en términos post-ideológicos maniqueos: él contra la corrupción.

Aunque diferentes, los zapatistas mexicanos representan la revolución en la era posmoderna. A pesar de que comenzaron como una rebelión al estilo

¹ El ejemplo clásico lo constituye *In the Shadow of the Liberator: Hugo Chavez and the Transformation of Venezuela*, de Richard Gott, Verso, 2000, Londres.

socialista, los zapatistas se han transformado en un movimiento revolucionario de identidad. La adopción del indigenismo por parte de Marcos y la cúpula zapatista constituyó un ajuste táctico, en el momento en que la doctrina tradicional marxista entró en bancarrota. El propio Marcos, poco después de iniciar la rebelión en nombre de los indígenas mexicanos oprimidos, advirtió que «algo nuevo había nacido», «algo diferente» (Krauze, 2001, p. 31). Este nuevo tema del indigenismo cautivó la imaginación del público. Y mientras los arrogantes zapatistas simplificaban excesivamente el problema con la cosificación de los pueblos indígenas mexicanos, su causa daba voz pública a un tema legítimo y a menudo olvidado en el país. Este tema de la identidad o la revolución indigenista tuvo también repercusiones a nivel internacional. Como señala Krauze, los zapatistas «han conseguido... vincular el indigenismo directamente con dos corrientes políticas muy poderosas: el multi-culturalismo y la cruzada internacional contra la globalización» (Krauze, p. 31).

La esperanza de Marcos y sus admiradores de que esta nueva agenda revolucionaria basada en la identidad les ayude a redefinir la izquierda no tiene en cuenta una paradoja esencial. Mientras el Marxismo fundamentaba el llamamiento a las armas en una teoría (o teorías) sobre la lucha de clases y la reorganización revolucionaria de los medios de producción, las demandas y propuestas de los defensores del indigenismo —como los zapatistas— y de las políticas de identidad resultan más limitadas. Se centran en temas relacionados con una mayor participación política y en la protección de los derechos sociales, políticos y culturales. En su esencia, sin embargo, se trata de demandas democráticas vinculadas estrechamente al pluralismo y al proceso democrático. Las tácticas zapatistas de obstruir el proceso electoral en Chiapas e ignorar el grave conflicto existente entre las tradiciones indígenas y los derechos de la mujer y de otras minorías demuestran únicamente las contradicciones prácticas e ideológicas que caracterizan a este movimiento y al programa revolucionario de un gran número de grupos indigenistas.

La aceptación de la agenda neo-liberal por parte de los partidos tradicionales de la región ha influido asimismo en lo que anteriormente solía llamarse la «derecha» latinoamericana. En muchos países lo que se definía como derecha pro-empresarial ha pasado a integrar el sistema político competitivo (Middlebrook, 2000). El consenso cada vez mayor que se está produciendo entre los partidos democráticos más importantes de la región respecto a los fundamentos de la política económica liberal ha despojado a la «derecha» tradicional de una demanda exclusiva dentro de lo que fuera su plataforma económica histórica. Algunos observadores, sin embargo, continúan identificando un conjunto de agrupaciones anti-democráticas como ala derecha. En el contexto actual, semejante clasificación carece de significado. Como ocurre cuando se etiqueta de «izquierdistas» a los líderes populistas o revolucionarios de la era moderna, cuando en realidad sus movimientos apenas guardan relación con la base popular o filosofía tradicional de la izquierda, también es un error que estos observadores clasifiquen una serie de grupos anti-democráticos como la «derecha».

Los paramilitares colombianos constituyen el ejemplo más claro. La etiqueta de derecha a menudo va asociada a los bárbaros ejércitos privados que combaten a la guerrilla y, en raras ocasiones, al estado colombiano. En realidad, sin embargo, lo que los cualifica para ser identificados como derecha, en el sentido tradicional, no es más que su enfrentamiento a un grupo insurgente supuestamente comunista. (Grupo insurgente que, dicho sea de paso, en lugar de inspirarse en la doctrina marxista, se ve estimulada por las ganancias vinculadas al tráfico de drogas.) La base popular de los paramilitares, si bien se originó en la clase terrateniente, se apoya más en los campesinos y los delincuentes comunes que en los defensores tradicionales de la derecha (comerciantes, y clases media y alta). Hay pocas razones para vincular a los paramilitares con las nociones tradicionales de la derecha desde el punto de vista ideológico. Carecen de un discurso ideológico que puedan esgrimir. Su programa —si pudiera definirse como tal— se basa en la seguridad ciudadana y la «justicia», pero no es más que la ley de la selva impuesta por delincuentes con machetes y ametralladoras. Incluso las figuras públicas de los paramilitares, entre las que se encuentran candidatos presidenciales supuestamente vinculados a los grupos armados, se limitan a prometer la seguridad y la estabilidad ciudadanas en sus discursos. El fenómeno paramilitar no es más que una respuesta sangrienta a una preocupación humana de primer orden: la seguridad. Pero esgrimir la protección de la población y disputarle a una guerrilla de raíces izquierdistas los recursos y las tierras no los cualifica como grupo de derecha.

LOS PARTIDOS DEMOCRÁTICOS POSMODERNOS

Dentro de los sistemas partidistas latinoamericanos, la era post-ideológica está dando lugar a nuevos partidos. Estos partidos democráticos posmodernos con frecuencia se ven libres del dogma ideológico del pasado. Muchos de ellos han surgido gracias a temas específicos relacionados con la consolidación y la transparencia democráticas, tales como la participación política, la lucha contra la corrupción y a favor de los derechos humanos, temas que defienden. Además, han nacido dentro de la sociedad civil y han traído consigo el discurso, las tácticas y la organización de sus raíces políticas y cívicas.

Durante los ochenta y los noventa, la sociedad civil emergió como una fuerza política importante en América Latina y al hacerlo introdujo nuevos temas en el debate político. Numerosos grupos, como las organizaciones de derechos humanos, las asociaciones campesinas, las agrupaciones de consumidores, los grupos que apoyan la reforma jurídica y las asociaciones basadas en el tema de la identidad (grupos de defensa de la mujer y organizaciones indigenistas) surgieron durante este período y generaron medios privados para organizar las demandas de los ciudadanos y la participación ciudadana. Muchos han desempeñado un papel importante en la integración de grupos anteriormente marginales, en la defensa de las reformas legales e institucionales, y en la demanda de responsabilidades políticas y financieras al Gobierno. En el curso de dos décadas dichos grupos han logrado definir nuevas identidades políticas, y demandar y ejercer su derecho a controlar la actividad

gubernamental y a abogar por intereses sectoriales y minoritarios. Al hacerlo, han comenzado a servir como canal alternativo a los partidos políticos para lograr la participación y la representación de la ciudadanía.

Las organizaciones de la sociedad civil en América Latina se representan frecuentemente como diferenciadas de los partidos políticos tanto organizativa, como estratégica y moralmente. Por lo general, resaltan su novedad dentro del sistema político por cuanto constituyen la respuesta popular a décadas de partidos corruptos, una respuesta que estremecería el sistema y proporcionaría nuevos canales de representación para las demandas ciudadanas. En este sentido, han tendido a retratarse, frente a los partidos políticos, como la alternativa honesta, no jerárquica y de mayor representatividad. La sociedad civil ha servido de caldo de cultivo a esta nueva dirigencia política, gran parte de la cual ha subrayado su diferencia con respecto a la antigua clase política y las viejas estructuras. Todo este discurso trajo consigo un conjunto de temas y demandas mucho más complejo, y una rivalidad política cada vez mayor que modificó el sistema en que se desenvuelven los partidos.

Pero la capacidad de la sociedad civil para influir en política es, por definición, limitada. Las asociaciones civiles pueden, en última instancia, organizar nuevos electorados y defender cambios políticos, pero no pueden hacer política directamente ni controlar presupuestos. Este es el reino de los representantes electos por cada partido. Así, algunas organizaciones de la sociedad civil se han ido politizando —con la organización de electorados y la toma de posiciones políticas similares a las de los partidos—, pero a su vez han comprendido que su capacidad para ejecutar una política determinada y para cambiar la naturaleza de la política y la de los partidos está muy restringida. Un número creciente de agrupaciones civiles se están incorporando a la lucha política y electoral en Perú, México y Venezuela. Al hacerlo, buscan presentarse como la alternativa o el antídoto indispensable frente a los partidos tradicionales que van perdiendo cada vez más la confianza de la ciudadanía. Los estudios del *Latinobarómetro 2000* revelaron que más del 80% de los encuestados sentían poca o ninguna confianza hacia los partidos políticos; y no nos resulta difícil especular sobre las causas. Los ciudadanos sienten que los partidos tradicionales no representan sus intereses; que, una vez en el poder, no gobiernan con efectividad; y que lo único que persiguen los políticos es su propio enriquecimiento.

Como resultado, podemos observar cómo en toda América Latina van surgiendo partidos basados en nuevos temas. El Frente Independiente Moralizador de Perú y la Alternativa República de Iguales (ARI) de Argentina, por ejemplo, van ganando cada vez más apoyo popular y electoral a partir de sus llamados a restaurar (o establecer por vez primera) la integridad en la política y el Estado. Ambos movimientos emergieron de partidos tradicionales, el FIM de Acción Popular (AP) y el ARI del Partido Radical, pero representan una alternativa importante y cada vez más fuerte frente a estos partidos y sus dirigencias. Asimismo, el partido venezolano Primero Justicia, y el mexicano Por la Equidad y la Ecología, ambos de reciente formación, se van haciendo de

una reputación política al reflejar demandas populares relacionadas con la participación, la justicia y la necesidad de velar por la moral en la política. Ambas agrupaciones tuvieron su origen en organizaciones de la sociedad civil. Y aunque varios líderes de Primero Justicia habían militado activamente en el partido socialdemócrata Acción Democrática (AD), prácticamente desaparecido en la actualidad, la mayoría provenía de una organización (con idéntico nombre) que durante años había prestado asistencia jurídica a los pobres. El mexicano, por su parte, emergió de una coalición de líderes civiles que actuaban como observadores en las elecciones y defendían activamente los derechos de la mujer. Si tenemos en cuenta los temas que representan, ninguno de estos partidos se ajusta fácilmente a las nociones tradicionales de izquierda o derecha; pues en lugar de insistir en programas generales que contemplen la reorganización del Estado y la economía, y visiones dogmáticas e ideológicas del mundo, se centran en temas específicos. Desde este punto de vista, representan un partido posmoderno: son partidos surgidos a raíz de la destrucción del eje tradicional derecha-izquierda para representar temas novedosos y moderados, así como demandas populares de los líderes políticos.

Varios de estos partidos pretenden, además, redefinir su funcionamiento y su base organizativa. En lugar de emplear un ordenamiento vertical y jerárquico, algunos intentan establecer una vía participativa y horizontal a la hora de tomar decisiones y atraer a los electores. Dicho proceso se ve asistido por la relevancia que han adquirido tanto la tecnología como los medios de comunicación dentro de la política. Los medios electrónicos y las otras formas de comunicación característicos de la era moderna han reducido las barreras organizativas y materiales que entorpecían el acceso, permitiendo a los nuevos emprendedores políticos convocar directamente a los electores a partir de temas específicos. Han convertido a los partidos de masas, con sus núcleos comunitarios, su dependencia de los militantes y de la socialización de los miembros, en un hecho del pasado, obsoleto, y esto ha debilitado las ventajas organizativas e ideológicas de los partidos establecidos.

¿Podrán estos partidos posmodernos servir de base a la formación y consolidación de nuevos sistemas de partidos en América Latina? En este punto debemos mostrarnos algo escépticos. De hecho, resulta difícil imaginar que un sistema de partidos estable y coherente pueda cristalizar en torno a temas generales basados en valores morales relacionados con los derechos humanos, la igualdad o la lucha contra la corrupción. La abundante literatura existente sobre los sistemas políticos europeos ha demostrado que los más estables tienden a organizarse alrededor de identidades colectivas, de prescripciones programáticas antagónicas en cuanto a la organización de la economía, y de bases sociales y de clases. Y a pesar de que en Europa y el resto del mundo se han reducido los fundamentos culturales y económicos de estas diferencias, los sistemas partidistas continúan organizándose a partir de puntos de vista antagónicos en lo que se refiere a la organización de la política y la economía. Temas como la igualdad, los derechos humanos y la lucha contra la corrupción no tienden a reproducir estas divisiones políticas. A fin de cuentas,

¿quién está hoy abiertamente a favor de la corrupción o en contra de los derechos humanos? Éstos constituyen temas generales basados en valores morales que no añaden ningún elemento significativo al eje general alrededor del cual se forma un sistema de partidos. Como señala Seymour Martin Lipset, las divisiones duraderas entre los partidos no nacen de los valores morales (Lipset, pp. 48-56).

Sin embargo, estos partidos señalan una tendencia importante en el planteamiento de nuevos temas y demandas. En este sentido favorecen la rectificación de los vicios de partidos y sistemas tradicionales, tales como la polarización ideológica, el dogmatismo y la carencia de responsabilidad y de rendición de cuentas. Han surgido allí donde los partidos tradicionales y los sistemas que conforman no han logrado ofrecer un canal efectivo a las demandas y frustraciones de los electores. A medida que se van fortaleciendo como alternativa electoral, traen consigo la promesa de renovar el sistema partidista con el planteamiento de nuevos temas y la introducción de una nueva forma de organización y representación políticas. Pese a que los problemas que se derivan de la organización y representación del sector informal y de los económica y políticamente marginados continúan vigentes y deben resolverse, estos nuevos partidos constituyen una tendencia importante en cuanto a la respuesta a las demandas de los votantes.

Tanto la política como sus diversas tendencias han cambiado para siempre en América Latina. Las etiquetas y prescripciones ideológicas tradicionales ya no determinan el discurso partidista, y las alianzas socioeconómicas y políticas se han transformado. Queda por ver cómo se definirán los nuevos ejes políticos de la región en esta era postmoderna. Las demandas insatisfechas y la frustración popular han dado lugar a la aparición de caudillos y movimientos posmodernos con intenciones democráticas frecuentemente cuestionables. Al mismo tiempo, como estos cambios han abierto la posibilidad a otras alternativas y a una mayor representatividad, han surgido nuevos partidos democráticos que les dan voz. ¿Cuáles de ellos conseguirán captar y representar mejor estas tendencias? De ello dependerá el futuro de la lucha democrática y, en última instancia, la estabilidad de los sistemas. Por ahora, el crecimiento de partidos posmodernos dedicados a defender un tema en particular encarna una esperanza respecto a la transformación democrática y a un avance en cuanto a representatividad.